



Europa entre la Comunidad y el continente

Descripción

La gran cuestión de la Comunidad no es qué pasa dentro de una organización en la que casi todas las cosas funcionan bastante bien en casi todos los órdenes. La estructura actual está consolidada; entre los gobiernos reina una armonía razonable; están definidos con cierta precisión los objetivos inmediatos e incluso fijados los plazos para ultimar en el 93 los tres grandes proyectos en curso: unión económica y monetaria (EMU o UEM), unión política y mercado único. Se avanza en todas esas direcciones: el 80 por 100 del territorio y de los ciudadanos de la Comunidad disfrutan de libertad para el movimiento de capitales, y casi la mitad de ellos (el 40 por 100 para ser más precisos) habitan en «Schongeniandia», o grupo de cinco países entre los que han caído las fronteras, volviendo a algo parecido a lo que ocurría en casi todo el Continente antes de 1914.

Pero en el mundo entero, y en especial en Europa, han ocurrido tantas cosas desde el *mirabilis annus* de 1989, que la Comunidad de los Doce no puede dejar de verse afectada en su funcionamiento y, sobre todo, en sus finalidades y en su concepción misma.

Quedarse en doce o llegar al doble

La gran cuestión es si se amplía o no la Comunidad, en qué condiciones y, en caso afirmativo, para hacer qué. ¿Cuáles son las definiciones políticas y culturales, incluso las económicas, de esa «unión política» en la que casi todo el mundo está de acuerdo a la hora de las declaraciones? ¿Qué nos proponemos conseguir?: ¿una «federación», culturalmente unitaria, y políticamente tan centralizada como las de Alemania, Suiza o Norteamérica?, ¿una asociación regional de países independientes y sueltos como la OEA, o tan inoperante como la OUA? ¿Se aspira a un patriotismo europeo, que se imponga sobre los patriotismos históricos nacionales de ahora, hasta reemplazarlos? Oficialmente, el plan de Bruselas —Comisión y gobiernos— es aplazar las posibles nuevas incorporaciones hasta después del 93. A Turquía, que la tiene solicitada desde hace dos años, y a Malta y a Chipre si lo llegan a pedir, se les puede hacer esperar por razones técnicas, económicas o políticas, y, en algún caso, también geográficas. La mayor parte de los antiguos Estados comunistas pretenden, de momento, más una ayuda que una integración; entre los seis países de la EFTA, sólo Austria ha manifestado su voluntad de acceder a Bruselas; algún otro en su momento no quiso, aunque probablemente ahora esos mismos noruegos se decidirían por una respuesta afirmativa, si tuvieran otra vez un referéndum; Suecia y Suiza, oficialmente, no se plantearon la cuestión por ser neutrales y porque la Comunidad todavía no había demostrado que ofrecía muchas ventajas a los países miembros; Finlandia ocupa una posición singular por sus peculiares relaciones con la URSS.

Antonio Fontán

Nuevarevista.net